

**Fernando López**

**RUINAS DEL GARBÍ**



**S.Julián 2, Albacete**

**DEL 1 AL 30 DE SEPTIEMBRE 2019**

## **RUINAS DEL GARBÍ**

**Pintar un paisaje hoy en día, aunque pueda parecer otra cosa, resulta una tarea muy ardua y poco agradecida. Es decir, aportar algo al arte del paisaje desde la pintura actual es, como poco, complicado. Partimos de un hegemónico conceptualismo a ultranza, globalizado y a la deriva, y desde que artistas como Robert Smithson, con sus Paisajes Dialécticos, Ruinas al Revés o los Paisajes Entrópicos, paradigmas de un discurso que este norteamericano nos dejó como legado en los 70's, parece ahora confluír todo en un final anunciado: la obsolescencia de la idea como arte. Las nuevas generaciones de artistas ya han desarrollado un nuevo escepticismo que nos devuelve a la persona, en definitiva a la pintura, y ya no a aquellos desmesurados earthworks que terminaron como género escultórico en el mejor de los casos, aunque arrastraran sin embargo el espíritu romántico de la pintura de paisaje del XIX. Aquella rebelión contra el mercado del arte se tornó negocio lucrativo, como siempre acaba pasando, y no sería raro pensar en un paralelismo con lo que devino de aquél mayo del 68 francés. La nueva pintura de paisaje es pues principalmente escéptica, y en estos tiempos de teleportación de imágenes en un bombardeo mediático de basura visual, es imprescindible dotarse de esa visión crítica para sobrevivir. Por lo tanto la pintura resucita y además sobrevive a su resurrección, que ya es mucho decir hoy día, y parece además arremeter con cierto resentimiento contra el arribismo de la tecnología, o al menos con esa tecnología que estúpidamente nos globaliza. Aquí es donde aparece la mesa camilla, que no se refiere a la "tábula rasa" dadaísta, sino a esa mesa camilla de toda la vida que alguien tiró a un contenedor. La misma mesa cuya madera simboliza la madre (tierra), que se fusiona, en este caso, con el paisaje del valenciano monte Garbí. Las vetas son los estratos del terreno y sus nudos son hitos erigidos o flotantes en él, su color arcilloso y su olor a resinas son el manto geológico que los cubre. La madre, que los egipcios representaban con un buitre por "despedazarse" entre sus criaturas, no es un símbolo tan entrañable como cabría pensar, siendo todos hijos. Para empezar, la tabla de esta mesa camilla está hecha de tablones cortados a sangre, cepillados y pulidos, cadáveres de árboles bien presentados para su consumo mobiliario. Y si en realidad la organización lineal de sus vetas contienen algún mensaje, aparte del biológico, la única forma de hacer que esa imagen latente se intuya, de hecho como una transmutación necesaria, es a través de la imagen de un paisaje.**

**Demetrius Pronton**

**Albacete, septiembre de 2019**